

D. José...
Ingeniero D.º
Cartagena

EL ECO DE ALMANZORA

SEMANARIO INDEPENDIENTE
DIRECTOR D. RAMON DE CALA Y LOPEZ

Año II.	Suscripción En toda España trimestre 6 rs. Pagos adelantados.	Cuevas 15 de Septiembre de 1897.	Anuncios y comunicados á precios convencionales.	Núm. 39
---------	--	----------------------------------	--	---------

CONSIDERACIONES

En la corta vida de este semanario nos hemos ceñido perfectamente á las declaraciones de su programa.

Lejos de la política puesta en boga por los partidos imperantes, política de personalidad y de egoísmo, muerta de ideas, falta de fé, y sin otra orientación que el metro particular de los que como un enjambre insaciable pululan al rededor del presupuesto para nutrir sus ambiciones, vivimos aislados de toda suerte de adherencias, para juzgar con criterio libre los asuntos públicos, especialmente aquellos que afectan á esta comarca infortunada.

Si alguna vez hubiésemos errado, cúlpese á la limitación de nuestro entendimiento; si en ocasiones nuestros juicios no han ido certeros á combatir los males que se oponen al mejoramiento general, acháquese á torpeza; si en la lucha templada pero firme que venimos sosteniendo hubiéramos herido inconscientemente á personalidad determinada, pedimosle mil perdones, porque está muy lejos de nuestro ánimo causar ofensas á los individuos, y solo queremos criticar sus actos cuando influyen en la marcha social.

La campaña no ha sido ciertamente tan provechosa como deseábamos, pero tampoco puede calificarse de infructífera.

Movidos por la publicidad los aires viciados que se respiraban en la evolución de una política rastrea y escandalosa, que precipita á los pueblos á su envejecimiento y hace flaquear las esperanzas de los que suspiran por el progreso general, se ha depurado algo la atmósfera, desprendiendo de sí parte de los miasmas que la infestaban,

y presentándonos más claro el horizonte.

Aquellos hechos punibles que constituían otras veces el pasto de las tertulias, abasteciendo la pública murmuración sin que jamás levantaran una protesta, se discuten ya á la claridad del día, se comentan francamente y la opinión pública censor supremo á quien deben estar más que sometidos humillados los que mandan y administran, da sus fallos que pesan incontrastables, y no se pueden sin escándalo torcer.

Algo es algo. Los poderosos no tenían antes siquiera la atención de escuchar las lamentaciones justas del pueblo; envaneidos con su fuerza pensaban que España era un feudo que repartía el Estado entre sus amigos para que lo gozaran, y los ciudadanos un rebaño docil á sus dilapidaciones y vejámenes.

SALTO ATRÁS

Después de las malas costumbres establecidas por los partidos políticos de la restauración, alterando completamente el sentido no solo de las ideas más hermosas sino hasta de los conceptos más esenciales, parece que hemos dado un salto atrás.

El fenómeno no es nuevo ciertamente. La historia consigna que después de tales ó cuales irrupciones desaparecieron de los países invadidos sus costumbres predominantes, sus ideas favoritas y en otro orden inventos y adelantos de que se enorgullecían y de los que luego no quedaron la menor muestra, perdiéndose al fin su recuerdo en la noche del olvido.

Después de la irrupción sufrida en España por los que consiguieron, como una desventura más nacional, desviar el curso del progreso político iniciado á tanta costa, se han perdido costumbres enaltecedoras y prostituido sentimientos é ideas que valían mucho.

Antes, por ejemplo, á nadie se le ocurría que los cargos puramente honoríficos pudieran ser materia de lucro.

Con indignación se hubiese rechazado esto, como bastardía repulsiva.

Servir gratis á la patria desde los puestos honoríficos, era el mayor galardón, la gloria más preciada.

No solo se aceptaban con legítima satisfacción esos cargos no retribuidos, por penosos que fuesen, sino que á muchos los costaba el dinero y entre esos dieron en bien de su país no solo sus servicios personales sino una parte de su fortuna.

Recordamos con este motivo el hecho envanecimiento con que en ciertas ocasiones y enfrente de las torpes exigencias de malos gobiernos, plagas de que jamás se ha podido ver libre nuestra patria, decían algunas dignísimas personas apreciando en todo su valor la investidura conseguida por su verdadero ascendiente en el espíritu público.

—Yo no soy un funcionario público. Yo sirvo un cargo honorífico.

Y esto daba extraordinaria relieve á su figura.

Hace mucho tiempo, que descontando honrosas y raras excepciones, sucede todo lo contrario.

Los cargos honoríficos dejaron de serlo, reducidos por la idea del lucro á su condición más infima, por no decir miserable.